

"LA NACION"

14 de septiembre  
de 1941

XXXI<sup>o</sup> Salón Nacional  
de Bellas Artes



"Frutas y plantas",  
óleo por Juan Car-  
los Faggioli. Pre-  
mio Jockey Club.

"LA NACION"

14 de septiembre  
de 1947

Juan Carlos Faggioli

La paleta de este pintor se caracteriza por una constante de dos tonos: rojo y verde. Aludimos, claro está, a los cuadros de naturaleza muerta. Y no siempre cuidó en éstos el estudio de la luz ambiente. Lo hizo a ratos, y lo hizo bien cuando le plugo. Lo hace ahora, con reiterado acierto, en no pocos de los óleos expuestos en la sala tercera de la Galería Witcomb. Representan flores, paisajes, bodegones, y una niña, notable aislada en este conjunto. Juan Carlos Faggioli amplía allí el cromatismo y hace pintura envuelta, de atmósfera, observada con evidente justeza. La luz envuelve las cosas y determina su calidad específica individualizándolas, según su propia substancia. De este modo logra sobrepone a la materia y dotar de sentido —y de sentimiento— los motivos de su experiencia pictórica. Para alcanzar tales valores, no necesita Faggioli recurrir a lienzos dilatados. Algunos de los óleos de esta serie tan homogénea son de breves di-

mensiones, pero no de cortas resonancias en cuanto a sugestión. Son obras sentidas, en las cuales ha puesto el artista una auténtica vibración de su espíritu.

FLORES, óleo  
de Juan Carlos  
Faggioli, que  
mereció el pre-  
mio Martín  
Rodríguez  
Galisteo →



Primer premio: "El pan dulce", de Juan Carlos Faggioli

septiembre  
de  
1950

XLº

Salón  
Nacional



"LA EPOCA"  
9 de abril  
de 1953



JUAN CARLOS FAGGIOLI, destacado pintor argentino y profesor de la Escuela Superior de Bellas Artes "Prilidiano Pueyrredón", que expone actualmente con extraordinario éxito en la Galería San Marcos, de Roma. La muestra, inaugurada el 27 de marzo último, ha despertado elogiosos comentarios de la prensa italiana, al punto de que se la considera la exposición del año.



Juan Carlos Faggioli exhibe en la Galería Witcomb, Florida 760, un conjunto de obras. "Rosas rojas" es el título del cuadro que reproducimos

"LA PRENSA"

19  
de  
agosto  
de  
1956

"LA NACION"

12 de septiembre  
de 1958

XXXVIII<sup>o</sup> Salón Nacional  
de Bellas Artes



"La sandía", por Juan Carlos Faggioli. Premio adquisición Ministerio de Guerra





CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION  
MUSEO DE BELLAS ARTES DE LA BOCA  
Pedro de Mendoza 1835 - Buenos Aires

## "ATLANTIDA"

agosto de 1956

Salita del Prione. Porta  
di S'Andrea. Génova.

OLEO DEL PINTOR ARGENTINO

Juan Carlos Faggioli

### ANTECEDENTES ARTISTICOS

PROFESOR de Dibujo y Pintura, egresado de la Escuela Nacional de Artes y Superior de Bellas Artes "Ernesto de la Cárcova". Expositor asiduo en todas las exposiciones nacionales, municipales y provinciales. Exposiciones personales en Amigos del Arte, 1941. Galería Peuser, 1944. Galería Witcomb, 1947, 1949, 1951 y 1954. Invitado a la exposición argentina en Nueva York, 1939. "The Virginian Museum of Fine Arts, 1940". Exposición de Arte Moderno, organizado por la "Unesco" en París, 1946. Exposición de Arte Americano (Argentina, Chile y Uruguay) en la casa de la América Latina (París), 1946. II Bienal de La Habana, 1953. En los concursos que a continuación se detallan obtuvo las siguientes distinciones: Primer Premio de Pintura en el XV Salón de Bellas Artes de Rosario, 1936. Premio "Comisión Nacional de Cultura", Salón Acuarelistas, 1936. Premio Estimulo "Salón Nacional de Bellas Artes", 1937. Segundo Premio al Paisaje, "Salón de Bellas Artes de Catamarca", 1941. Primer Premio Pintura, "Salón del Empleado Público", 1941. Primer Premio al Paisaje (pastel), "Salón de Acuarelistas", 1942. Primer Premio (dibujo), "Salón de Bellas Artes, Rosario", 1942. Premio "Jockey Club" (pintura), Salón Nacional de Bellas Artes, 1944. Tercer Premio Municipal (pintura), 1946. Premio Adquisición "Ministerio de Guerra", Salón Nacional de Bellas Artes, 1948. Premio "Comisión Provincial de Cultura Santa Fe", 1948. Tercer Premio Pintura, Salón Provincial de Bellas Artes, "La Plata", 1949. Primer Premio (pintura), Salón Provincial de Bellas Artes de "Bahía Blanca", 1950. Segundo Premio Municipal de Pintura, "Tandil", 1950. Segundo Premio Municipal de Pintura, 1950. Primer Premio "Rodríguez Galisteo" (pintura), 1950. Salón de Santa Fe. Primer Premio Nacional de Pintura, "Salón Nacional de Bellas Artes", 1950. Segundo Premio (dibujo), "Salón Nacional de Dibujo y Grabado", 1951. Premio al Mejor Croquis, "Salón Nacional de Dibujo y Grabado", 1952. Gran Premio Nacional de Pintura, "Presidente de la Nación Argentina", Salón Nacional de Bellas Artes, 1953. Gran Premio Especial "Gran Concurso Esso del Paisaje Argentino", 1955. Invitado a concurrir con cinco obras al concurso "Premio Palanza". Invitado a la Primera Exposición "Bienal de Madrid", 1951. Actualmente es profesor de la Escuela Nacional "Prilidiano Pueyrredón".





# VIDA SHELL



AÑO XXI - N° 248



MAYO 1960





Callao y Corrientes en 1905.

## AÑO 1898:

**Cuando los primeros tranvías eléctricos cruzaron las calles porteñas...**

por JOSE DE ESPAÑA

Polvorín y Río Cuarto en 1897.



SON los grandes acontecimientos políticos y sociales los que, en el devenir de los tiempos, van modelando la vida de una nación. En este año de 1960, la República Argentina, nuestro país, celebra el ciento cincuenta aniversario del más importante de sus fastos: el 25 de Mayo de 1810, fecha de su propio nacimiento como nación a la faz del mundo.

Guerras y batallas, revoluciones, congresos, surgimiento de nuevas instituciones, gestas libertadoras, períodos de organización y reorganización, tiempos luminosos y tiempos oscuros, van tejiendo la trama de la gran gesta nacional que la Historia —severa e imparcial— registra, para eterna memoria de la Humanidad, en sus páginas de bronce.

Pero por debajo de la gran Historia, que es la que modela y determina los rasgos generales y trascendentes del ser nacional, existe otra corriente de hechos a los que un gran escritor español, don Miguel de Unamuno, bautizó con el nombre de: “la *intra-historia*”.

Muchas son las cosas y los hechos que caben dentro del concepto de la *intra-historia*. Pero, la *intra-historia* es, principalmente, la labor silenciosa y creadora de todos los días; los progresos sucesivos con que el trabajo, la ciencia

y la técnica modifican la vida de los pueblos; cambian, para mejorarlo, el perfil de las ciudades, multiplican, abrevian y perfeccionan el contacto entre los hombres y crean, en fin, nuevas condiciones de vida, dentro de las cuales, incluso los acontecimientos de la Historia —los magnos acontecimientos de la gran Historia— se desarrollan y se amoldan a nuevos supuestos.

Buenos Aires, en su rápido y pujante desarrollo, abunda en esta clase de ejemplos. En el último tercio del siglo pasado —según el título de un libro famoso— era “*La Gran Aldea*”; pocas décadas después, Ricardo Rojas podía llamarla ya: “*Cosmópolis*”; y Rubén Darío, apenas comenzado el siglo actual, aludía a ella, admirativamente, saludándola en estos versos: “..... *Del regio Buenos Aires* “*Quedaron, allá lejos, el fuego y el hervor...*”.

Se había cumplido la profecía del cantor de Mayo: Buenos Aires era ya “*La Gran Capital del Sur...*”.

Y es que Buenos Aires —erigida al rango de Capital de la República en 1880— a partir de la administración de su primer intendente, don Torcuato de Alvear, se calzó las botas de siete leguas, y, en materia de progreso edilicio, dio pasos de gigante.



Fascinante es la tarea de seguir en la vida de las grandes ciudades modernas este proceso creador que las llevó, de su primitiva condición a la categoría urbanística que hoy ostentan.

No es extraño, pues, que artistas y poetas, pintores y escritores, se sientan inspirados, alguna vez, por uno de estos acontecimientos que, bajo el aspecto de un simple progreso material, entrañan la doble condición de factores determinantes de cambios substanciales, erigiéndose a la vez en símbolos o jalones del progreso nacional, señalando el fin de una época y el comienzo de otra.

Hoy presentamos, en las páginas de Vida Shell, un bello ejemplo de lo que venimos diciendo. Juan Carlos Faggioli, pintor enamorado de nuestra ciudad y figura eminente de nuestro actual panorama plástico, eligió, para cumplir su propósito evocativo, los años finales del siglo anterior en que por las calles de Buenos Aires, hicieron su sensacional aparición los primeros tranvías eléctricos.

Era un hecho fundamental en el desarrollo de la urbe porteña. Los viejos cronistas nos han conservado la viva conmoción que el acontecimiento causó en los habitantes. Durante años, todavía convivieron los antiguos tranvías a caballo y el nuevo medio de transporte. Lo raudito de su velocidad, el zumbido creciente de la marcha en proceso de aceleración, hasta llegar a los famosos "nueve puntos", en que para los ojos de la época la máquina se convertía en un bolido, hicieron que los sectores más conservadores y apegados a la costumbre se mostraran reacios a su uso. La juventud, por el contrario y como siempre, se volcó del lado del progreso. El nervioso repiqueteo de la campana en las esquinas y el uso de la electricidad, flúido misterioso y siniestro para la mente de muchos, no contribuían a tranquilizar a los más pusilánimes. Del mismo modo que, en años todavía recientes, nosotros hemos asistido a las campañas de publicidad destinadas a crear una "mentalidad aeronáutica" para convencer a los sectores que se mostraron más remisos al uso del avión como medio común de transporte comercial; así, también en 1889, se asistió al desarrollo progresivo de lo que tal vez podríamos llamar la "mentalidad electro-tranviaria". La campaña corrió a cargo del natural despejo de los porteños, de su amor por la novedad y se organizó espontáneamente. Comentarios, sueltos, artículos y sobre todo "chistes ilustrados" llenaron las páginas de las revistas y diarios. En uno de ellos, aparecía una elegante dama de la época que le preguntaba a un cabo de policía que se atusaba los grandes mostachos con gesto galante:

—¿Agente, cree Ud. que no hay peligro en pisar la vía del "eléctrico" al cruzar la calle...?

—¡No señora; no hay peligro. Pero cuídese muchísimo de no poner el otro pie en el cable, pues, en este caso, quedaría fulminada...!

Digamos de paso que en las capitales de provincia se registró el mismo proceso, cuando, a



*Estación Casa Amarilla en 1899.*

su vez, les tocó el turno en el nuevo método de locomoción.

Los espontáneos propagandistas del "eléctrico", llegaron al ditirambo, en alas de su entusiasmo. Así, en Mendoza, al aparecer la novedad, se difundió un famoso vals que conoció un verdadero éxito de popularidad. Su letra comenzaba así:

“¡El tranvía de Mendoza, me alborozar...!

“¡Corre, niña, más ligero que la luz...!

“¡Y de un ímpetu, la celestial carroza,

“¡Te transporta de Mendoza a Godoy Cruz...!

El tranvía mendocino, corría, en efecto, entre la ciudad y Godoy Cruz; por otra parte, estaba pintado de azul celeste, y esto explica la peregrina expresión del vals: “la celestial carroza”, que acaso le haya parecido al lector un exceso de licencia poética, aplicada a un tranvía...

Pero volvemos a Buenos Aires. El acto inaugural de las líneas eléctricas de tranvía se realizó en octubre de 1898 frente al hangar existente en la esquina de la calle Comercio y Paseo Colón. Fácil es constatar en la crónica de los diarios de la época, hasta qué punto esto fué considerado como un verdadero acontecimiento. Con todo, a lo largo de los años, la realidad superó todas las esperanzas. El nuevo medio de transporte, cambió literalmente la fisonomía y la vida de la ciudad. Las distancias se acortaron de una manera notable. Barrios alejados antes, quedaron situados a minutos del centro. El comercio vió multiplicarse su clientela. Los terrenos periféricos se valorizaron. Un nuevo ritmo y una nueva mentalidad se desarrollaron rápidamente, haciendo de nuestro Buenos Aires antiguo, lento y señorial, una ciudad más dinámica, más bulliciosa y más democrática.



# Técnica y Estética del Pintor

## Juan Carlos Faggioli



Pintor puro; pintor estrictamente pintor; vida y arte se funden para él en una inseparable unidad, de modo tal que incluso su biografía solo puede abordarse en términos de pintura.

Dos aspectos podría decirse que caracterizan, por encima de toda otra consideración, la trayectoria artística de Faggioli; su casi increíble capacidad de producción y la clara y transparente lucidez con que se desarrolla la línea de su evolución plástica a través de los últimos veinte años.

En ese sentido, su exposición de 1953 de la Galería San Marcos, en Roma, constituye una fecha clave para la interpretación de esta vida de pintor que comentamos.

Para nuestro modo de ver, 1953 divide el curso estético del arte de Faggioli en dos épocas o etapas perfectamente reconocibles.

De 1941 hasta la época de su viaje a Italia, diríamos que Juan Carlos Faggioli encara fundamentalmente la cuestión de la pintura como un problema de plasticidad. Aunque de una manera muy remota y a través de una elaboración muy personal, podría hablarse de un cierto "cezanismo" en esta primera orientación de la estética de Faggioli. Juego de oposición de tonos, búsqueda de la corporeidad, preocupación por transmitir una cierta sensación táctil de gravitación y pesantez —"plasticismo", en suma— parecen ser la norma que, de uno u otro modo, con evidencia mayor o menor, caracterizan el desarrollo de este período.

A partir de la exposición de la galería San Marcos, y luego de su regreso al país, la pintura de Faggioli se orienta en un sentido muy diferente. Acaso su paleta, definitiva-

mente formada ya, no registre cambios muy notables. Lo que sí experimenta una fundamental mutación es el modo de administrar la materia, el uso y el sentido de la pincelada.

A veces, solo dos planos, tierra y cielo, le bastan al Faggioli de 1960 para integrar, en un alarde de expresión plástica y de resolución poética, aquella definitiva unidad de forma y de sentido que, con propiedad, se puede llamar un cuadro.

Posee este artista un extraño poder de rememoración y de reviviscencia, que seguramente no habrán de olvidar quienes asistieron a sus muestras dedicadas "al viejo Buenos Aires" y a evocar la fisonomía de la capital finisecular en una serie de estampas plenas de fuerte y dulce remembranza.

Su inolvidable "Plaza de Mayo en 1890", presencia alucinante, actual y distante a la vez, saturada de reverente ternura por lo que fue y lo que se evoca, bello cuadro de fina entonación, es un ejemplo ade-

cuado de lo que decimos.

Ahora, en la muestra que Juan Carlos Faggioli presenta en la Galería de Arte del Teatro Opera, su obra se nos aparece en un nuevo aspecto y en un instante de poderosa plenitud.

Los treinta cuadros, que con solo dos excepciones integran un catálogo de flores, paisajes y naturalezas muertas, nos muestran a un artista que parece entregado al puro placer de pintar y que comunica al espectador su estado de luminosa comunicatividad y de afinación cromática infalible.

Dentro de una variedad realmente inagotable de hallazgos colorísticos, y dentro de una meditada y consciente factura que —no hace falta mencionarlo— excluye todo improntu de lo casual, Faggioli ha sabido realizar el milagro de transmitir una sensación final de espontaneidad, frescura de procedimiento, soplo de inspiración, que son el resultado, a la vez que el testimonio, de su depurado estilo.

"CLARIN"

11  
de  
mayo  
de  
1961





Juan Carlos Faggioli expuso en Costa Rica, con el patrocinio del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Argentina. Incluimos "Paisaje de la Provincia de Buenos Aires"

ha Nación - 28-5-67.





● Una pausa para la lectura. Sobre la mesa, siempre vivas, amarillas o aliladas, y granadas color oro viejo, para una próxima naturaleza muerta.

EL ARTISTA EN SU TALLER

# JUAN CARLOS FAGGIOLI: CONSTRUCCION E INTIMISMO

UNA NOTA DE LEON BENAROS



● Una pausa para la lectura. Sobre la mesa, siempre vivas, amarillas o aliladas, y granadas color oro viejo, para una próxima naturaleza muerta.

EL ARTISTA EN SU TALLER

# JUAN CARLOS FAGGIOLI: CONSTRUCCION E INTIMISMO

UNA NOTA DE LEON BENAROS

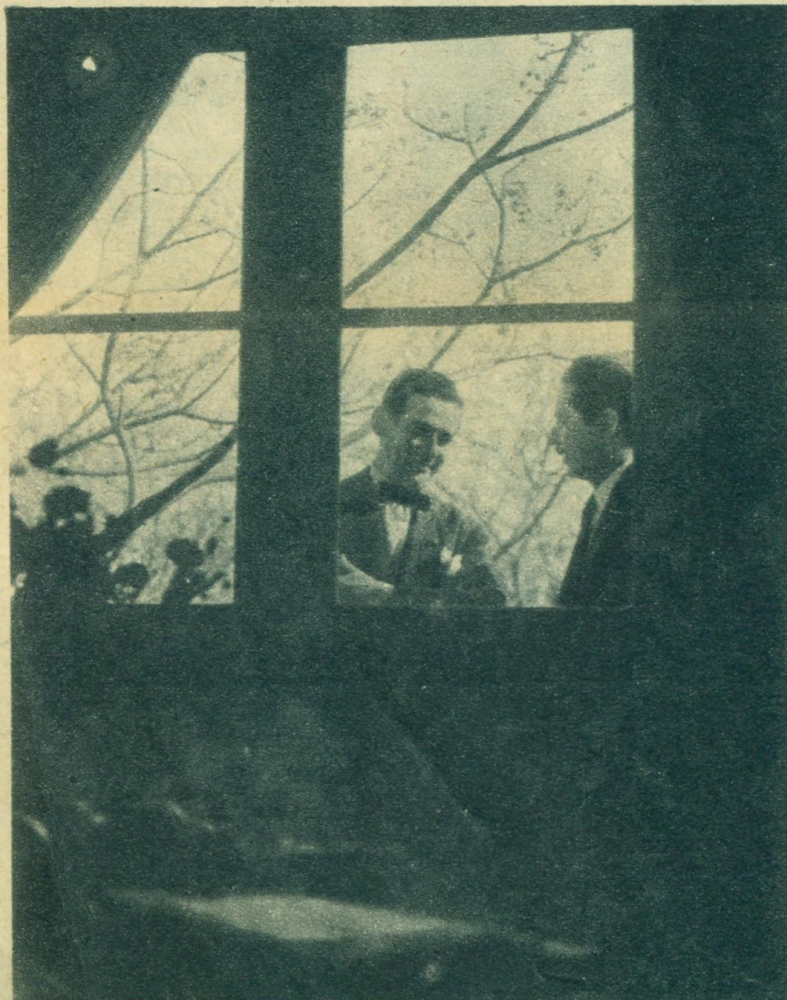
EN la calle, ancha y soledosa, los árboles desnudos dibujan su ramaje escueto sobre un cielo de atardecer. A esta altura, la avenida Juan Bautista Alberdi se entenece todavía en el ocre de una tapia baja, desbordada de enredaderas, o se abstrae en esa palmera solitaria que, tras una reja, es todo el abandono, el destiempo de un hogar de ayer. En el número 187 de la ancha calle, una casita moderna abre desde la entrada su prolongado corredor, de mosaico ajedrecístico. En el departamento 3º, una pequeña puerta nos introduce a la casa de Juan Carlos Faggioli. Cordialidad y mansedumbre hay en el rostro del artista cuando nos franquea la entrada de su hogar. El pequeño Juan Carlos —vivaracho, de cachetes como fruta pintona—, y la grácil Lina, hijos del artista, nos salen al encuentro, al par que la esposa del pintor nos tiende la mano. La sencillez de los afectos sinceros puebla la casa con ese

clima de natural autenticidad que trasciende a la pintura de este joven maestro.

Mientras Faggioli habla, con voz pausada, de apacible pastosidad, nos detenemos en su rostro, de serenidad bonacible. Nieve temprana toca apenas las sienes de este hombre de 42 años, que con ahinco sereno ha ido ganando en profundidad en el camino de la pintura hasta darnos su expresión de hoy, realización plena en que una construcción sobria, severa, de sencilla elegancia, compone los elementos de una pintura de hondo y callado intimismo, de poesía profunda y sin escándalo. Castaño, casi negro es el cabello del artista. Pardos sus ojos mansos. En la boca, el labio superior se repliega en las comisuras, en una casi sonrisa bondadosa. El inferior, algo más abultado, se aniña en el gesto franco y desprevenido. La corbata de moño imprime cierto aire bohemio al pintor, y la nariz, abultada en el extremo, insinúa una burla que la sincera llaneza del artista desmiente con noble buena fe.

—Creo que todos venimos con un mandato al mundo. Para mí, lo primero es respetar la gracia que Dios ha querido darme, y cumplir ese mandato con la mayor

● En el balcón, tras la ventana, con el poeta León Benarós, autor de esta nota.





honestidad posible. En arte, lo esencial es la sinceridad y la humildad. Poco o mucho, que lo que cada uno haga sea lo suyo...

Con una mirada circular abarcamos los muros del comedor sencillo. Ante todo, se impone a la vista esa tela de gran dimensión titulada *El repollo violeta*, noble trabajo con el que Faggioli obtuvo el tercer Premio Nacional de pintura.

—Como otras telas —nos dice el pintor— ésta la pinté sin mancharla previamente, apenas dibujada, desde arriba hacia abajo y de una vez, desde el ángulo superior a la firma, abajo... La severa disciplina de Faggioli, ejercitada largamente, le permite esos alardes...

### EL REPOLLO VIOLETA

Vale la pena detenerse en este cuadro, de gran tamaño, porque resume el carácter de la pintura que comentamos. Ante todo, una construcción exigente, rigurosa, de elegancia natural, es lo que se impone a la vista. Los finos perfiles, incisivos casi, recortan los objetos con cierta dureza. Y, sin embargo, de toda esa precisión constructiva, dibujística en alto grado, se desprende una poesía sobria, contenida, profunda. Los elementos del cuadro se estilizan en ascensión vertical, espiritualizándose de ese modo. Una finísima gama de verdes domina el conjunto. Este peligroso color es la fuerza y a la vez la delicadeza de Faggioli. Varios y diversos verdes en-tonan sus cuadros. A veces, son sólo una pincelada de color, tejida a un rojo, a una tierra. Una chispa que, sin embargo, enciende la luz necesaria y funciona cabalmente en el total de la obra. Allí una frutera, elegante, romántica, se anota escuetamente. La tela sin pintar, manchada apenas, le da relieve más que suficiente. Y luego, el detalle audaz: el repollo violáceo, rotundo, y envuelto, sin embargo, en el clima total, poetizado sin cursilería, con medida sabia, con justa ponderación...

### PINTURA HACIA ADENTRO

En el íntimo comedor, deslumbra un gar-rullo cubrecama. En las paredes, cuadros que jalonan la carrera del artista. Una naturaleza muerta —un pescado, más precisa-

### EN EL TALLER

Faggioli ha debido darse más espacio para trabajar, y lo sorprendemos ahora en su taller de la calle Teodoro García, próximo a las Barrancas de Belgrano. Desde la entrada, en la pared, un sable corvo, de corte sanmartiniano, pone su nota militar.

—Es realmente histórico —nos aclara nuestro pintor—. Pertenece a José Barberis, a quien acompaño en este estudio, y fué entregada al pintor Grasso para documentar un cuadro de la batalla de Maipú.

Flores artificiales, algo duras, pero graciosas, alternan con máscaras y cacharros indígenas, sobre una repisa. En una mesa, dos o tres granadas casi secas, con ese color oro viejo y amarronado de la madurez, y

el rojo sobrio que, bajo la cáscara brillante, parece una laca maravillosa que la misma naturaleza hubiera realizado con el arte más alto. Almendras de graciosa forma se distribuyen alrededor, elementales, prietas, concisas. Son —como otros que el pintor utiliza— los modelos humildes...

### LOS MODELOS HUMILDES

El más riesgoso ejercicio se ha impuesto Faggioli, y ha salido triunfador. Efectivamente: para penetrar en los problemas de la pintura, ha encarado los temas más ingratos y precisamente menos pictóricos. Unos pocos damascos puestos sin orden, un ramo de violetas, algunas guindas o frutillas, ciertas almendras, en soledad escueta y esen-

● Entrada al taller. Sobre el caballete, "Carlitos", un fino y tierno retrato del hijo del artista. En la pared, el sable histórico que se menciona en la nota.





cia natural, es lo que se impone a la vista. Los finos perfiles, incisivos casi, recorren los objetos con cierta dureza. Y, sin embargo, de toda esa precisión constructiva, dibujística en alto grado, se desprende una poesía sobria, contenida, profunda. Los elementos del cuadro se estilizan en ascensión vertical, espiritualizándose de ese modo. Una finísima gama de verdes domina el conjunto. Este peligroso color es la fuerza y a la vez la delicadeza de Faggioli. Varios y diversos verdes entonan sus cuadros. A veces, son sólo una pincelada de color, tejida a un rojo, a una tierra. Una chispa que, sin embargo, enciende la luz necesaria y funciona cabalmente en el total de la obra. Allí una frutera, elegante, romántica, se anota escuetamente. La tela sin pintar, manchada apenas, le da relieve más que suficiente. Y luego, el detalle audaz: el repollo violáceo, rotundo, y envuelto, sin embargo, en el clima total, poetizado sin cursilería, con medida sabia, con justa ponderación...

#### PINTURA HACIA ADENTRO

En el íntimo comedor, deslumbra un gárrulo cubrecama. En las paredes, cuadros que jalonan la carrera del artista. Una naturaleza muerta —un pescado, más precisamente— tratada a la espátula da, sin embargo, la sensación de haberse pintado a pincel. Diversos paisajes de Palermo, ricos de materia, son los primeros hitos firmes en el camino del artista.

Desde el patio, una escalera de escueto hierro lleva a una pequeña habitación de altos, antiguo taller de Faggioli. Allí domina un enorme caracol marino y la mesa humilde que aparece en el premiado cuadro *El pan dulce* y en algunos otros.

—Es la mesa azul, que he utilizado tanto. La compré por siete u ocho pesos en un bazar de la calle Sarandí, calle en que tuve también mi taller humilde, que era a la vez forzoso dormitorio... Me ha acompañado durante años. Imagínese el afecto que le tengo...

Entretanto, la pequeña habitación se mira plena de finos dibujos, de delicadas sanguinas, de interesantes apuntes. Y desde muchos cuadros se desprende ese intimismo sobrio, hondo, castigado, que nos pone en presencia de una pintura *para adentro*...







● "El pan dulce", óleo de Juan Carlos Faggioli.

cial, le han servido de modelo muchas veces. Es fácil extraer pintura de paisajes diríamos

Mi niñez escolar se rebelaba ya contra el calco fácil de mis compañeros. Me resulta-

bre todo, trato de tejer el color. Ya sabemos que un tono puesto con abundancia de materia juega en el cuadro de modo distinto al mismo tono aplicado muy livianamente. A las flores, me acerco por el color y por el cariño entrañable que siento por la naturaleza. Algunos motivos, sin embargo, entre los que he encarado, son, en este aspecto, terriblemente antipictóricos: el jazmín del país, por ejemplo. He tratado, sin embargo, de *crear* realmente el tema, proponiéndome al propio tiempo un problema de expresión y de color.

### LAS TIERRAS, LOS COLORES

Las tierras son características en la pintura de Faggioli. Tierras ocre, tierras rojas, tierra Venecia, de magnífico rojo, tierra siena, son servicialmente habituales en su paleta, junto a la laca de granza, al rojo de cadmio, al azul cobalto y ultramar. Pero los verdes son los dominantes en la gama de su paleta: el esmeralda, el cadmio, el veronés, este último de sobrio empleo, pues no tiene la persistencia de otros colores.

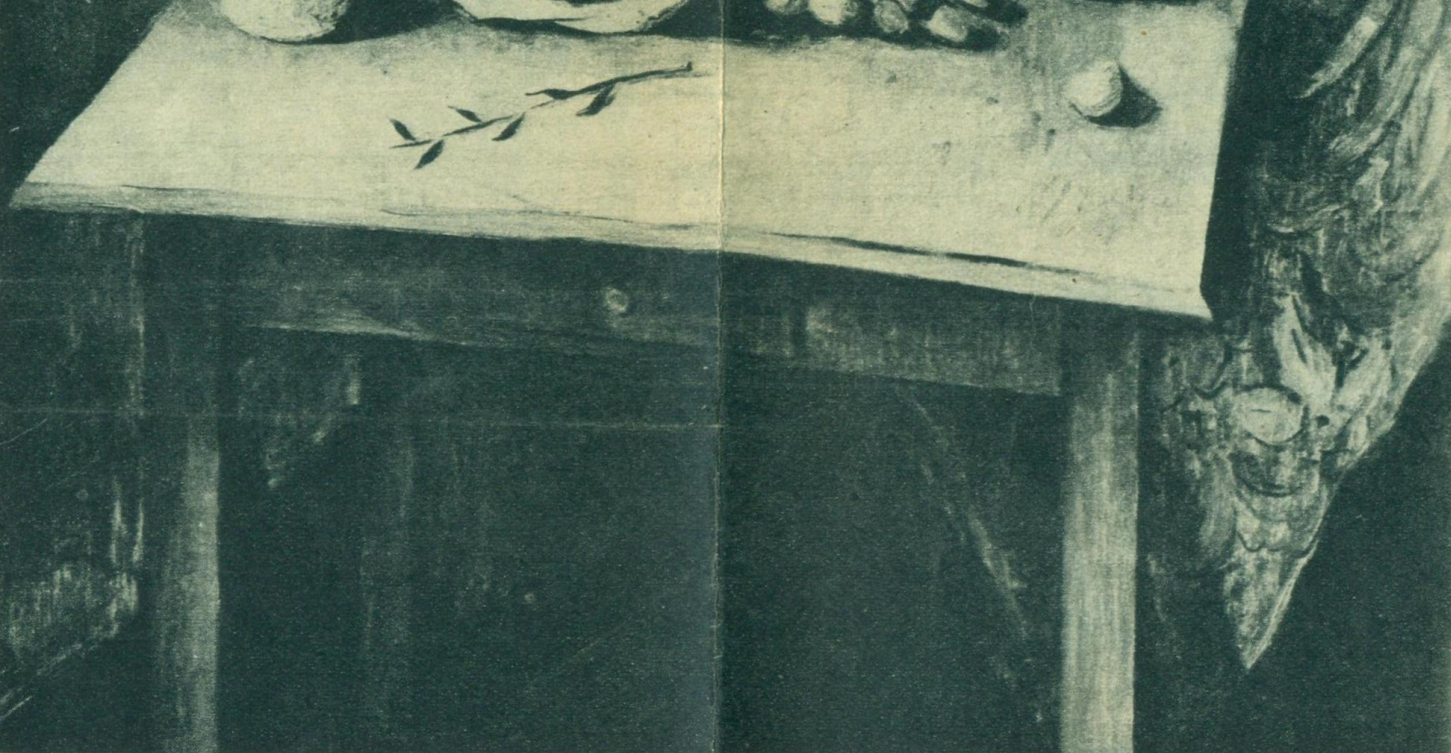
Con el pincel acostado, prolijamente, con cierta morosidad acariciante, hemos visto a Faggioli pintar sus cuadros, con mano educada en los sutiles secretos de la creación y el espíritu tenso para hacer aflorar, de cada una de sus naturalezas muertas —algunas tan inolvidables como *El pan dulce*— toda su sobria y secreta ternura...

### EL BUENOS AIRES DE AYER

*Una familia porteña* se titula un cuadro que hemos visto comenzar a nuestro pintor. Pertenece a una interesante serie de temas del viejo Buenos Aires. Su concepción, sin embargo, no es meramente documental:

—He pintado algunos de estos temas como si realmente hubiera vivido en aquella época, eludiendo la frialdad de lo fotográfico, la reconstrucción retrospectiva. Se ha hecho poco entre nosotros en ese sentido. Se trata de instalarse en el espíritu de la época, de sentirse pintor *contemporáneo* de aquel mundo tan lleno de carácter. Mi *Plaza de la Victoria* quiere tener ese sentido: cómo





● "El pan dulce", óleo de Juan Carlos Faggioli.

cial, le han servido de modelo muchas veces. Es fácil extraer pintura de paisajes diríamos *argumentados*, que de por sí halagan la vista. Pero, ¿qué se puede obtener de los simplísimos y hasta ingratos modelos mencionados? Muchos, nada lograrían. Faggioli, sin embargo, ha obtenido muchísimo. Penetrando en la esencia de la naturaleza muerta, le ha hecho rendir el máximo de sentida expresión, conservándola en un alto nivel pictórico, sin trucos literarios llevados a la plástica. Así, los modelos humildes están, verdaderos y piadosos en su ser, sin más ni menos que lo necesario, y el milagro se cumple en ellos: emocionar con su casi nada.

### EL CAMINO DEL ARTE

—¿Qué puede decirnos de su primer deslumbramiento en la pintura?

—Es ya lejano. Recuerdo que en el Museo Nacional me inclinaba por la pintura en cierto modo directa, pero sentía ya con intensidad el color. Yo nací en Buenos Aires, en 1910, y me crié en el barrio de San Carlos, allá por Carlos Calvo y Entre Ríos.

Mi niñez escolar se rebelaba ya contra el calco fácil de mis compañeros. Me resultaba más copiar del natural y lo hacía con cierto éxito... Mi primer pretendido ingreso a la Academia, previo examen, no fué nada alentador, porque me rechazaron. En la Escuela Superior de Bellas Artes fuí luego discípulo de Centurión. Trabajo y no me abandono. En algún tiempo se me conoció por *el pintor de Palermo*. Con Arcidiácono y Diomedes constituíamos un tercio inseparable y frecuentábamos la Boca, Barracas y luego los bosques porteños que me valieron aquella etiqueta. La naturaleza muerta me atrajo luego, y he intentado arrancarle, en lo que está a mi alcance, sus máximas posibilidades. Voy cada vez más a la simplificación de las formas, a la construcción por el color, eludiendo el contraste de tonos ya elaborados, es decir, la pintura en que el color es elemento meramente descriptivo y no funcional. Mis paisajes recientes están dentro de esa concepción. Busco las armonías a base de toques pequeños, de detalles a veces mínimos. Pinto generalmente por transparencia y utilizo bastante las lacas y muchísimo las tierras. Pero, so-

pues no tiene la persistencia de otros colores.

Con el pincel acostado, prolijamente, con cierta morosidad acariciante, hemos visto a Faggioli pintar sus cuadros, con mano educada en los sutiles secretos de la creación y el espíritu tenso para hacer aflorar, de cada una de sus naturalezas muertas —algunas tan inolvidables como *El pan dulce*— toda su sobria y secreta ternura...

### EL BUENOS AIRES DE AYER

*Una familia porteña* se titula un cuadro que hemos visto comenzar a nuestro pintor. Pertenece a una interesante serie de temas del viejo Buenos Aires. Su concepción, sin embargo, no es meramente documental:

—He pintado algunos de estos temas como si realmente hubiera vivido en aquella época, eludiendo la frialdad de lo fotográfico, la reconstrucción retrospectiva. Se ha hecho poco entre nosotros en ese sentido. Se trata de instalarse en el espíritu de la época, de sentirse pintor *contemporáneo* de aquel mundo tan lleno de carácter. Mi *Plaza de la Victoria* quiere tener ese sentido: cómo la hubiera visto un hombre de entonces que hubiera sentido la poesía de entonces...

### UN DESTINO

Con sencillez y responsabilidad, Faggioli recorre las etapas de un destino de primer orden en el mundo de nuestra pintura. Numerosos premios —que en este caso, además, dicen algo— han jalonado su camino. Ha expuesto en el país y en el extranjero, en París, en Nueva York, en San Francisco. En 1950 —lo dijimos ya— su obra *El pan dulce* obtuvo el Primer Premio Nacional de Pintura, y en el mismo año obtuvo también el Primer Premio en Santa Fe, afortunado año para nuestro artista, en que fué premiado cinco veces... Por último, ha sido invitado al Premio Palanza, distinción de verdadera jerarquía.

Pero lo importante de nuestro pintor es su humildad íntima, su búsqueda incesante, su no dejarse ganar por el halago inmediato o el buen éxito apoltronador. Exigente consigo mismo, ninguna facilidad se perdona...